

El arte de amar en la Edad Media

El mayor peligro de los "breviarios" es el de ofrecerse como producto consumado, aparentar que el tema está agotado o poco menos. Actitud que conduce a disimular la superficialidad del enfoque correspondiente evitando toda insinuación de replantes inquietantes. Eso le sucede aun a breviarios tan útiles y fieles como este. Prodrigo en noticias y referencias muy instructivas sobre temas no tan conocidos como transitados: los trovadores y las llamadas "cortes de amor", tema tan siglo XII y tan digno asimismo de un estudio pormenorizado.

Las cortes de amor, según se intenta demostrar aquí, no eran más que un entretenimiento aristocrático. Damas hostres, consultados por perplejos caballeros, dictaminaban sobre problemas amorosos reales o imaginarios, no con carácter de juicio ni fuerza de sentencias, sino tan sólo como opinión recata, sostenedora de paso de un tácito Código de Amor en donde la superficialidad de la mujer y el refinamiento de los sentimientos que éstas exigían alcanzaron extremos no conocidos antes ni después. Esa problemática nunca aparece asimismo en los "breviarios", especie de payadas en las que dos trovadores discutían cuestiones tan embrolladas como por ejemplo: "¿si tuvierais una cita por la noche con vuestra querida, preferiríais verme salir de su casa al entrar vos, o verme entrar cuando salís?" (¿Cabe reflexionar aquí en el contraste que tanta actitud actual ofrece con aquella, con una franqueza que creeríamos imperna a la midiéramos con los patrones del mismo actual. Lo que entonces se planteo liso y llano, sin pizca de humor ni picardía, es hoy abordaje oscuro, hipocresía en segunda instancia, desparpajo que sonríe de sí mismo porque no se ve sino como réplica a la una hipocresía que le es previa. Es una hipocresía encima de otra, por remedo de la sinceridad. Volver a aquella limpieza no se conseguirá por cierto mediante tal duplicidad, sino conquistando motivos positivos; y anexándole otros, de más depurada procedencia. No se trata de destruir prejuicios, sino de fundamentar juicios nuevos, por donde podamos regresar a

la limpieza original de la época pre-clásica.)

En el capítulo final se resumen con precisión los caracteres del "amor cortes"; es aristocrático, reservado para la gente ociosa, intelectual, furtivo, exclusivo, ilegítimo y amenazado, aunque esto último no por el marido, a quien en el reparto le correspondía enorguñarse por lo que se consideraba un honorífico homenaje que le rendían los trovadores. El trovador era regularmente de clase inferior a su amada; su fidelidad era absoluta y su timidez relativa, sometido completamente a la voluntad, a veces abusiva, de la dama de sus sueños. La novedad de la época fue ese "gozo de amar" porque sí, esa exaltación sentimental extraña al deseo, espiritualización no conocida por la antigüedad ni por la cristiandad medieval de los siglos anteriores. Y que no se cuidaba de la moral oficial, moral que, con ser entonces tan estricta, no funcionaba a ese nivel sino como una incitación aprovechable, por beneficios del contraste.

El libro abunda en ejemplos, muchos de ellos curiosos: fallos de las cortes de amor, canciones de trovadores, etc. Nos proporciona un cuadro muy ilustrativo y ameno. Pero, como decíamos al principio, ni siquiera insinúa direcciones que parecen su complemento indispensable. Baste recordar por ejemplo, las que abre Denis de Rougemont en su ya clásico libro *L'amour et l'occident*, libro capital para el estudio del amor-pasión, tema que aquí apenas si se considera en sus dimensiones más llamativas y pintorescas. Aunque —debe reconocerse— sin falsedad y con respeto.

(*) JACQUES LAFITTE - HOUSSAT:
TROVADORES Y CORTES DE
AMOR. Buenos Aires, Eudeba,
1963. 116 pp.

W.L.